
Bebé para el
ACOSADOR
JANICA
CADE

Bebé para el acosador

Janica Cade

Copyright © 2024 Janica Cade.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida de ninguna manera sin permiso escrito, excepto que se trate de citas breves incluidas en artículos o críticas.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Diseño de portada por Sonja Larsen

Imagen de portada con licencia de Deposit Photos

Copyright de la portada © 2024 por Janica Cade

Editado por Cinta Pluma

Sólo para suscriptores

Por tiempo limitado



¿Has visitado la web de Janica? Entra en janicacade.com/es para conseguir tu trilogía (ebook) de historias de amor de multimillonarios alfa GRATIS. No la encontrarás en ningún otro sitio y estará disponible sólo durante un tiempo limitado. Cuando te suscribas a la newsletter, te enterarás de fantásticas noticias sobre otros libros gratuitos y sobre nuevas publicaciones. Nunca te enviaremos spam.

Índice

1. Ivy
2. Jax
3. Ivy
4. Jax
5. Ivy
6. Jax
7. Ivy
8. Jax
9. Ivy
Epílogo
Sobre la autora
Deja una opinión
Otras obras de Janica Cade

Chapter 1



Ivy

Todos los hombres del mundo están abocados a decepcionar a la mujer que tienen delante, ya sea en la primera impresión, durante la semana siguiente o a lo largo de toda la vida.

Es inevitable. La mayoría de estos hombres creen que son el mayor regalo para la humanidad, pero en realidad son como fuegos artificiales: deslumbran durante un momento y luego se desvanecen rápidamente en la noche.

Hago equilibrios con cuatro platos de pasta en las manos mientras abro la puerta de la cocina a culatazos.

Las Vegas cuenta con más de 5 000 restaurantes donde comer algo después de perder los ahorros de toda una vida en las mesas de juego.

Cuando terminé el instituto en Florida, crucé el país para trabajar en uno de ellos.

—Disculpe. Mi pasta sin gluten tenía que estar cocida al dente —se queja un hombre peinado con la frente grasienta cuando doy la vuelta a la esquina. Frunce el ceño ante la comida—. Esto es un bol de papilla con salsa de tomate mezclada.

—Sí, absolutamente. —Estoy de acuerdo mientras muevo mi cabeza—. Déjeme llevar esto a esa mesa de ahí, y ahora vuelvo con usted.

—¡Yo pedí primero! —grita a mis espaldas.

Maldigo bajo mi sonrisa y sigo con mi misión de entregar la comida de la mesa de al lado.

Solo unos meses más. Lo suficiente para pagar las facturas del hospital que siguen llegando a mi buzón.

Un vistazo al reflejo de la ventana me dice que el moño me queda fatal, así que me quito la goma del pelo y me hago una coleta. También me queda fatal.

Tomo aire y me vuelvo hacia el hombre grasiento.

Cualquier otro día, habría estado perfectamente bien arreglar mi pelo mientras doblaba una esquina. Pero hoy no. Mi codo sobresale demasiado y golpea a un compañero en la cabeza.

Los platos se le caen de las manos y caen al suelo en mil pedazos.

—Oh, Dios —suelto, bajando la cabeza mientras un rubor me sube por el cuello—. Lo siento mucho. Soy un desastre esta noche.

Felizmente, es mi chica, Giselle. Nos conocemos desde hace mucho. Desde Florida.

—No te preocupes —burbujea—. Todo va al mismo sitio, ¿verdad?

—Sí, al suelo —asiento riendo. Es un chiste tonto que nos decimos todo el tiempo sobre las sabias mujeres de 21 años que vienen aquí a vomitar sus mimosas al suelo.

Giselle y yo somos mucho mayores, más o menos. Las dos tenemos 26 años y vamos a cumplir 45. Trabajar dos turnos te envejece.

Me agacho para recoger los trozos rotos con un paño de cocina y los vuelvo a colocar en la bandeja de Giselle.

El desastre ocurre justo delante de la mesa del hombre grasiento, así que giro la cabeza para disculparme. La disculpa se queda corta cuando me doy cuenta de que sus ojos miran embobados mi trasero.

Se lame los labios y parece disfrutar con el hecho de que le haya visto.

Qué asco. Se me arruga la cara y me encorvo para concentrarme en recoger los tenedores sucios.

Giselle llama mi atención y se inclina hacia mi oído.

—Enséñale tu escote y sácale una buena propina —susurra.

Le golpeo el brazo y pongo los cubiertos en su bandeja.

—No hago ese tipo de cosas.

Mis ojos bajan a mi blusa y vuelven a Giselle.

Ella esboza una media sonrisa.

—No necesitas follarte al tío aquí mismo en el restaurante. Solo muéstrale algo de escota y ya.

Mierda. Lo dice en serio.

Lo que sea. Necesito el dinero y ¿a quién le importa?

Abriendo los dos botones superiores de mi blusa blanca, me doy la vuelta para prácticamente tirarle el pecho a la cara.

—Siento mucho las molestias —expreso con mi inocente voz de niña quejica, mientras ofrezco una genuina cara de pena—. A ver si consigo que el chef lo cocine bien.

Va a por ello. Sus ojos bailan y contemplan el escote mientras se frota la calva con una servilleta. Vuelve a lamerse los labios.

—Bieeen.

Me llevo su plato y me sacudo los escalofríos.

Jax

Todas las mujeres de Las Vegas quieren fama y fortuna, aunque solo sea por una noche.

Por suerte para ellas, puedo concederles ese deseo.

Con media docena de números uno y dos premios de la música, soy el tipo con el que sueñan

todas las mujeres. Un puto hombre conocido, por así decirlo.

Evalúo a cada uno de los miembros de mi séquito, que incluye a mi ayudante, mi publicista y tres tías buenas.

—Señoritas —anuncio—. Vamos a jugar a mi juego de beber favorito.

—¿Qué? —gime mi publicista, arruinando la espontaneidad de todo aquello—. ¿Aquí en el restaurante?

La miro como si estuviera loca por no querer participar.

—¿Dónde si no íbamos a hacerlo? Que alguien llame a la camarera —ordeno, tamborileando con las manos sobre la mesa—. ¡Copas para todos!

Mi otro empleado hace una señal a la camarera y se vuelve hacia la mesa.

—Tomaré el chupito, pero no me quitaré la ropa.

—No es divertido si no jugamos todos —replico, burlándome—. Ya hemos hablado de esto antes.

Nunca he conseguido que ninguna de mis empleadas se quite la ropa, pero me encanta intentarlo. Es divertido ver hasta dónde llegan las mujeres para complacerme.

Mi publicista se ajusta las gafas.

—Estoy bastante segura de que te pueden demandar por acoso sexual por algo así.

—Entonces, demándame —sugiero, sonriendo—. Y después, ven y muérdeme.

Las mujeres parecen adorar cada uno de mis movimientos. No tengo ningún interés serio en ninguna de ellas, y nunca me involucraría con nadie más de una noche, no después de lo que pasó con mi ex.

Es interesante observar el efecto que tengo en las mujeres y ver lo que puedo hacer.

Alguien se aclara la garganta, interrumpiendo mis pensamientos y obligándome a levantar la vista.

Delante de la mesa hay una mujer menuda y curvilínea con suaves mechones de pelo castaño rojizo acariciado por el sol que le caen sobre la cara. Sus ojos color miel parecen peligrosamente inocentes y su boca es una curva rosada que pide ser descubierta.

—Hola, bienvenidos a Shay’s. Me llamo Ivy y esta noche seré su camarera —anuncia. Sus grandes ojos marrones se quedan en mí, y no cambian a nadie más en la mesa—. ¿Puedo empezar con algunas bebidas?

Ivy. Hmm.

Mi vista desciende hasta su escote y su sujetador de encaje rojo, que veo a plena vista.

Dentro del sujetador hay dos cómodas almohadas que suplican ser tocadas y adoradas. Extrañamente, sus ojos de inocencia no están a la altura del escote.

Me deja parado.

Debe de haberse dado cuenta de que la miro fijamente, porque sus ojos se posan en sus pechos e intenta cubrirlos tirando de su camisa con dedos sutiles. Su pecho y su cuello se tiñen de rosa.

No se me escapa. Levanto los ojos para mirarla.

—Hace calor aquí, ¿verdad?

Soy muy consciente del efecto que tengo sobre ella y hablar del tiempo es un intento de evitarle una vergüenza evidente, pero parece que ha funcionado.

Frunce los labios y agita la mano en el aire mientras se abanica.

—Sí, intentamos enfriarlo en verano, pero a veces es difícil de predecir.

Gotas de sudor aparecen en su labio superior y en la mandíbula femenina, proyectando un brillo de rocío.

Me encantaría lamer el sudor de su sensual boca. En lugar de eso, sonrío mientras seguimos

compartiendo nuestra mirada.

—Hola, Ivy.

—Hola —saluda, frunciendo las cejas—. ¿Nos conocemos?

Ah, ahí está. Empecemos.

—Sí, me lo dicen mucho —respondo, mostrándole una sonrisa—. Soy Jax Blake.

—Jax… umm —tartamudea—. Creo que no conozco a ningún Jax.

—Soy un famoso cantante de pop —proclamo levantando la barbilla—. Seguro que has oído mi éxi‘o 'Neon Starli’ht'.

Me mira sin comprender y vuelve a bajar la cabeza hacia su bloc de notas.

—De acuerdo. Uh... —Me aclaro la garganta y canto una o dos líneas de mi canción—. Bajo estas luces de neón tan brillantes, encontré mi estrella en la oscuridad de la noche.

Le brillan los ojos y esboza una leve sonrisa, que se borra rápidamente.

Espero su respuesta, pero nunca llega.

—¿Lo has oído? —pregunto golpeando la mesa con los dedos.

Agarra con fuerza el bolígrafo y sacude la cabeza.

—No escucho música pop.

Mis ojos se fijan mientras mi boca se pone rígida.

—¿Qué escuchas entonces?

Mira fijamente su bloc de notas de camarera y flexiona los dedos, antes de apartar la mirada. Es guapa, sí, pero es fría.

—Jax, hay mucho trabajo aquí —interrumpe mi publicista—. ¿No deberíamos pasar el pedido?

La mesa está en silencio.

Me recuesto en el asiento de cuero de la cabina, aflojando la boca.

—Tomaremos seis tequilas. Los mejores de la casa, por favor.

Esta chica.

Esta inocente camarera.

O es una snob, o ha estado viviendo en un maldito armario los últimos cinco años.

Estoy a punto de descubrir cuál de los dos.

Ivy hace la ronda para sus otros clientes, y yo la observo como un búho a la espera de su presa.

Ella me ve. Sé que lo hace. Puedo sentirlo.

¿Me está ignorando?

Recoge unos cuantos platos y gira la cabeza hacia un lado, dejando al descubierto su largo y grácil cuello mientras atraviesa una amplia puerta trasera. Su coleta se balancea en la distancia.

Pasan los minutos y mis ojos se fijan en las pequeñas ventanas rectangulares de las puertas grises de la cocina. Mis manos forman un campanario y espero.

Nunca sale.

En su lugar, un hombre mayor llega a la mesa con un delantal blanco y una mirada severa.

—¿Algo más que podamos servirle esta noche, Sr. Blake?

Y así, sin más.

Se ha ido.

Chapter 2



Jax

Me aprieto la pajarita negra alrededor del cuello y miro en el espejo a Jax Blake con traje.

En Las Vegas todo vale en lo que a vestuario se refiere, salvo que tengas que impresionar a la dirección de un casino en el que intentas renovar un contrato de residencia musical. Entonces, tienes que ponerte algo bonito e ir a dar la mano.

Mi reflejo me mira fijamente. Mi pelo rubio decolorado complementa la corbata, pero sigo sin ser yo.

Me sirvo una cerveza fría, le doy un trago y siento cómo la calma se apodera de mis hombros.

Estar de gira me arruinó de la peor manera, y no ayudó que mi ex me jodiera. Después de dos años de gira, mi casa se convirtió en un autobús de gira, un par de groupies y una pastilla de fentanilo. Todas las noches.

Ahora, aquí, en Las Vegas, mi vida es diferente. Tengo a mis hermanos, así que el vacío no me atenaza tanto como en la carretera. Dejé el fentanilo, pero aún disfruto de un trago o dos. O más.

Por suerte, mis hermanos me consiguieron un buen trabajo en el Blake, que incluye un ático de lujo.

El vacío sigue conmigo, pero estaré bien porque tengo mi música y mis fans. Eso es todo lo que necesito.

Abro otra cerveza y le doy un trago hasta que me siento bien. Luego me vuelvo a ajustar la pajarita y salgo.

Esta noche es grande. Es enorme.

Es la noche en que convenzo al director de entretenimiento del Blake para que prorrogue mi contrato.

Salgo por la puerta y me dirijo al ascensor, donde mi mano se cierne sobre el botón de la planta 14.

Ahí es donde debería estar ella. La camarera.

Mis pensamientos flotan hacia ayer y el encuentro casual en el restaurante. Era una chica inusual, de una manera irritante. Había actuado como si yo no existiera.

¿Por qué coño no podía tirarse sobre mí como hacen las otras chicas?

Una camarera como ella debería rogarme solo para hacerse un selfie. En cambio, no sabía

quién era yo, y no parecía importarle tampoco. Es exasperante.

El calor me recorre el cuerpo y mi pulso se acelera cuando alejo la mano del botón.

Solo ve al maldito evento, Jax. Olvídate de ella.

El ascensor vacila en la planta 12 y las luces parpadean, pero las puertas no se abren. Poco después sigue bajando.

El 14 vuelve a mirarme y mi puño indomable lo aprieta. El botón se enciende y, sin más, voy al 14.

Esto no me gusta.

Esta chica es como un imán, y no me importa en absoluto.

El ascensor se detiene en la planta 14. Las puertas se abren bruscamente, y ahí está ella, de pie frente a mí.

Lleva suelta la melena ondulada que le llega hasta los hombros y una pequeña mochila negra.

Me ve y se detiene. Sus ojos dulces como la miel emiten una mirada que podría matar a un hombre.

Se me acelera el pulso. No me esperaba esto.

Pero está aquí, y parece tan esnob y sensual como anoche.

Nos miramos el uno al otro.

—Hola —saluda, dándose media vuelta al entrar en el ascensor.

Al menos me reconoce. Todo lo demás es factible. Le lanzo una mirada de sorpresa y entro en el ascensor.

—Me alegro de verte aquí.

Desvía la mirada y se apoya en la pared.

—Yo trabajo aquí.

—Ah, sí —respondo, actuando como si fuera información nueva—. Por supuesto. ¿A qué planta nos dirigimos?

Duda un instante y mira las filas de botones antes de responder.

—Nivel casino.

Pulso el botón y nos encaramos a las puertas del ascensor para ver cómo se cierran en silencio.

Pero no se cierran. Al contrario, permanecen abiertas.

Toco el botón del casino un par de veces y luego pulso el botón de cerrar la puerta. Momentos después, las puertas se cierran y emprendemos nuestro viaje. Juntos.

Se queda mirando las puertas como si llevara un par de anteojeras invisibles y luego teclea algo en su teléfono.

Qué descaro. Esta es la primera vez. Estoy acostumbrado a que las chicas corran y griten para simplemente existir en un espacio conmigo. Pero no esta chica.

¿Por qué se empeña tanto en ignorarme? ¿Está cabreada por lo de anoche—lo que tampoco tiene ningún sentido—o no soy su tipo?

La miro de reojo y sonrío.

—¿Fuera del trabajo?

—No —responde ella—. Estoy trayendo algunas cosas para un amigo. Hay un evento.

Sus palabras son breves, pero a mí me bastan para mantener la conversación.

—Es el ga...

Las luces parpadean y el ascensor se detiene bruscamente.

—¡Oh! —Se tropieza con el borde de su zapato en una extraña forma de caerse hacia mí.

La tomo y la abrazo fuerte, susurrándole al oído:

—Te tengo.

Su cara está literalmente a diez centímetros de la mía. Su pelo sedoso me cosquillea la nariz mientras un aroma a jazmín llega hasta mis fosas nasales.

Mis manos—que ahora están agarrando su antebrazo y acunando la curva de su femenina espalda—se quedan bloqueadas.

Intento aflojar el agarre, pero no quiero—o no puedo—soltar su piel suave y aterciopelada.

Ella tampoco afloja. Su aliento continúa en mi cara durante un instante antes de que sus fosas nasales se abran ligeramente y sus pupilas se dilaten. Luego se separa de mí lentamente.

—¿Estás bien? —pregunto.

Sus labios me atraen. Los deseo. Quiero chuparlos y saborearlos.

Se lame el labio inferior y se lo muerde mientras rompe la mirada.

—Gracias —murmura, alisándose la blusa blanca del uniforme y apoyando una palma en el pecho—. ¿Qué le pasa a este ascensor?

La situación del ascensor pierde importancia cuando sus ojos de cierva miran los míos. Lo único que puedo hacer es quedarme de pie y contemplarla.

Me tranquiliza de una manera que no puedo explicar.

Sus ojos siguen penetrándome hasta que aparta la mirada y juguetea con la correa de su bolso. Me estudia y abre su boca rosada.

—No pareces preocupado.

Aparto la mirada y desvío mi atención hacia los botones del ascensor. Ella no sabe el efecto que causa en mí, y es lo mejor, porque yo tampoco lo entiendo.

Todos los botones de la pantalla están encendidos. Me giro hacia ella y una sonrisa sarcástica levanta la comisura de mis labios.

—En caso de duda, pulsa todos los botones.

Se pone de pie, cruza los brazos y da golpecitos con el pie.

—Nunca había estado en esta situación, así que lo estoy intentando todo —afirma—. ¿Tenías un plan más fiable?

Me ha pillado, y me gusta el descaro de su lengua. Por lo menos estoy recibiendo una reacción, y voy a tomar cualquier cosa en este punto.

Mi rostro se suaviza y escudriño el laberinto de botones iluminados antes de encontrar el botón de llamada de emergencia y pulsarlo.

No pasa nada.

Se burla y responde a mi sugerencia con un bufido despectivo.

—Eso ya lo he intentado.

Es verano y la temperatura sube mucho dentro del ascensor, pero no me importa el encierro.

Pasan un par de latidos antes de que sus ojos marrones se abran de par en par.

—¿Y si se cae al fondo?

Parece tan adorable así. Me dan ganas de cogerla en brazos y hacerla sentir segura.

—No dejaré que eso ocurra.

Cierra la boca antes de volver a abrirla.

—¿Cómo vas a prevenir algo así?

—En el improbable caso de que todos los cables se partieran por la mitad, un ascensor como éste entraría en modo de frenado automático —informo.

—Vale —murmura, tecleando en su teléfono y acercándoselo a la oreja—. ¿Y cómo lo sabes?

Sonrío.

—Tengo familia en el negocio.

—Ah, se me olvidaba. Lo siento —murmura antes de sacudir su teléfono de arriba abajo—.

Genial. Iba a llamar a mi amigo de abajo, pero no hay señal.

Una sonrisa divertida se dibuja en mis labios.

—¿Y sacudir el teléfono no funciona?

Sus labios se curvan en una leve sonrisa.

¿Se está acercando a mí?

Me entretengo hojeando el teléfono para escribir un mensaje a uno de mis hermanos mayores, el que siempre me saca de apuros: Aaron.

Yo:

> Hermano. Estamos atrapados en un ascensor en Blake North Strip. Pide ayuda, por favor.

Le doy a enviar, pero instantes después, mi pantalla dice entrega fallida.

—Mierda —declaro, agitando enérgicamente el teléfono y golpeándolo con fuerza contra la pared de acero del ascensor.

Un pequeño resoplido emerge de su garganta mientras me observa.

—¿Golpear el teléfono contra una pared metálica hace que funcione mejor?

Chapter 3



Ivy

—Deberíamos llamar a emergencias —sugiero, con los dedos ya tecleando en el teléfono.

Extrañamente, interviene con la misma frase al mismo tiempo, así que estamos en un extraño unísono coral.

—El 911 debería funcionar, incluso sin cobertura —añado, justo antes de que conteste la operadora. Una mujer educada con acento del Medio Oeste me da los detalles por teléfono.

Después de colgar, miro a Jax, que me ha estado observando con ojos intensos todo el tiempo. ¿Cómo puede estar tan tranquilo y concentrado en un momento así?

—La ayuda está en camino —anuncio, aunque en realidad no ha preguntado.

Asiente y continúa mirándome en silencio.

—Perfecto.

—Sí, gracias a Dios. No me puedo creer que esto esté pasando —vocalizo, frotándome el párpado—. ¿Cuáles son las probabilidades?

—Raras —responde en voz baja, sin apartar sus ojos avellana de los míos—. No es probable que ocurra en absoluto.

Desvío la mirada, pero algo me hace volver a su porte relajado y pulido. Mis ojos se detienen en su impecable esmoquin negro que ciñe su musculosa figura. Una lujuriosa sensación de calor se apodera de mí, pero la alejo.

—¿Ibas al evento de abajo? —le pregunto.

—Sí, pero no me importa si me lo pierdo.

Mis hombros se levantan mientras me inclino hacia delante.

—¿Por qué?

—Ir a la gala es como estar en una pecera a reventar porque dentro hay una manguera de jardín —empieza, agarrándose los brazos a los costados.

—La manguera hace correr el agua y *sigue* corriendo hasta que el depósito se llena en exceso y se abre —explica antes de encogerse de hombros anchos—. Y entonces mueres lentamente.

Se me escapa una carcajada y me tapo la boca.

—Lo siento. Suena horrible.

Esboza una leve sonrisa.

—Lo es.

Asiento con la cabeza, mirándole fijamente mientras mi cerebro rememora nuestro encuentro de anoche en el restaurante.

Anoche, después del trabajo, lo busqué y resulta que es algo grande. Es un famoso cantante con muchos seguidores que ha ganado todo tipo de premios musicales.

Por lo que he podido averiguar investigando, sus hermanos son los dueños de todo el establecimiento Blake y estoy casi segura de que él también es dueño de una parte, porque está en el consejo de administración. Es una mega celebridad en un mundo del que no sé nada, y odio admitirlo, pero me intriga.

Mi cuerpo se inclina hacia él.

—Entonces, ¿cómo lidias con la presión?

—Tengo mi música, mi whisky y mis fans —responde—. Lo hace más fácil.

Su vida es demasiado abstracta para que me la imagine. Quiero decir, ¿ganar dinero *cantando*? Es algo lejano, y cuesta creer que una persona pueda tener un trabajo sin romperse la espalda. Asiento con la cabeza, fingiendo que me identifico.

—Por supuesto.

Baja la mirada.

—Mi estilo de vida es inusual, lo sé.

—Sí, tienes suerte de no tener que cargar con platos sucios mientras un tío se masturba bajo la mesa —suelto.

Se queda con la boca abierta.

—¿Qué?

—Es una de las muchas ventajas de trabajar en un restaurante de Las Vegas que abre toda la noche —murmuro levantando el dedo índice—. Pero créeme, quieres que ese tío se haga una paja. Mejores propinas.

—¿En un *restaurante?* —pregunta, endureciendo su postura—. Qué asco. ¿Por qué no te buscas otro trabajo?

—Porque estoy atascada en este. Necesito el dinero para las facturas del hospital de mi madre —revelo—. Cáncer.

—Lo siento —dice, con las cejas fruncidas en señal de concentración—. Me parece injusto. ¿Por qué tu padre no paga las facturas?

—Se fue cuando yo tenía diez años —respondo—. Apenas le recuerdo, y probablemente sea lo mejor.

—Ya veo. Mi padre tampoco está, pero es una circunstancia diferente —revela—. Él y mi madre murieron en un accidente con un conductor borracho cuando yo tenía nueve años.

—Dios mío —digo, ofreciendo un profundo suspiro—. Lo siento mucho.

—Sí. Nadie fuera de la familia lo sabe, pero papá era el conductor borracho. —Su mandíbula se endurece mientras mira hacia otro lado.

—Mató a otras dos personas además de mi madre —revela—. Ocurrió en Star Diamond Road.

—Jesús —digo, con los dedos rozando mis labios entreabiertos. La revelación es chocante, pero su decisión de compartir conmigo un secreto familiar me calienta el pecho. Me siento especial, como si perteneciera a una especie de círculo.

—No me extraña que necesites ese whisky —murmuro, poniéndome una mano en el corazón —. Yo estaría comprando por paletas.

—Lo sé, ¿verdad? —Se ríe entre dientes, aunque no le hace mucha gracia.

Estudio su reacción y la risa brota también de mi garganta. Mis dedos anhelan tocarlo, pero me

retiro y acaricio mi brazo en su lugar.

El sudor me salpica el labio superior, y no sé si es por la temperatura del ascensor o por la fuerza bruta de la atracción que siento por él.

Una mezcla de emoción y excitación me recorre el cuerpo, así que me soplo aire fresco en la cara y me abanico la blusa.

—Empieza a hacer calor aquí. ¿Crees que vendrán a por nosotros?

Sus ojos color avellana se suavizan y se elevan para encontrarse con los míos.

—No lo sé, pero prefiero tener calor aquí que estar en esa horrible gala.

—Bueno, ¿por qué vas a la gala si la odias tanto? —le pregunto.

—Necesito que me renueven el contrato —responde—. Mi residencia musical aquí está a punto de expirar, y ahora necesito besar a los ejecutivos.

Mi cabeza se mece hacia atrás, asintiendo y apreciando sus respuestas sinceras.

El comportamiento ruidoso y molesto que mostró anoche ha desaparecido y ha sido sustituido por un alma genuina y cariñosa.

Mi mente se llena de asombro y siento que tenemos todo el tiempo del mundo para discutir los absurdos de nuestras vidas mientras estamos atrapados juntos en este pequeño ascensor.

Continúo con más preguntas.

—¿Tu familia no es dueña de este lugar?

—Ah, has estado investigando.

—¿Cómo no? Dijiste que eras famoso, y resulta que *lo eres*. Todos en el restaurante se volvieron locos anoche cuando se enteraron de que estabas allí.

Sus ojos fervientes se detienen en mí antes de separar los labios para responder.

—Todos menos tú.

Un rubor recorre mis mejillas y una punzada de culpabilidad me golpea los costados.

Me trago el nudo que se me hace en la garganta.

—Tiendo a mantenerme al margen de las cosas de famosos —admito—. Los medios me molestan.

Pone los ojos en blanco y gime.

—A mí también.

Me relajo en la pared de detrás y saboreo tener algo en común con él.

—Anoche se pelearon por quién te serviría —recuerdo, con una cálida sonrisa en el rostro—. Al final, decidimos turnarnos.

Sus ojos se cierran sobre mí.

—¿Por eso te fuiste?

—Oh —murmuro—. No pensé que te hubieras dado cuenta.

—¿Cómo podría no hacerlo? —pregunta, suavemente—. Eras lo más notable de todo el establecimiento.

El silencio persiste en el aire entre nosotros.

—Acabé yendo a casa para ayudar a mamá a pasar otro cóctel de quimio.

—Oh, querida —murmura, asintiendo con comprensión—. Si te sirve de consuelo, que sepas que te echamos de menos.

El aire entre nosotros es caliente y húmedo.

Me mira y se deshace la pajarita, que le cuelga floja sobre los hombros fornidos.

—Podría perderme aquí contigo.

Una comisura de mis labios se levanta mientras mi cuerpo se acerca a él.

—Hmm. ¿Cómo se pierde uno en un ascensor? —murmuro.

—No lo sé, pero puedo encontrar la manera —declara con voz grave.

Las luces parpadean de repente y el ascensor se sacude.

Voces gritan desde fuera.

—¿Hay alguien ahí?

—¡Sí! —gritamos—. ¡Sí, estamos aquí!

Queriendo compartir la emoción, miro a Jax.

No está esperando ansioso a que se abran las puertas, y tampoco lleva el pánico escrito en la cara.

En cambio, sus ojos curiosos están tranquilos, me toman y me estudian por encima.

Las puertas crujen al abrirse y el aire fresco me da en la cara.

Somos libres.

El mantenimiento del edificio y los paramédicos nos esperan, listos para atender nuestras necesidades. Incluso un equipo de cámaras está aquí.

—Sorpresa, sorpresa —canta Jax, señalando a los periodistas—. Nuestros favoritos nos han encontrado.

Una mezcla de emoción y temor me recorre cuando una enorme multitud se precipita hacia nosotros. Se me agarrotan las piernas. Casi no quiero salir del ascensor averiado, pero estoy siendo tonta.

Apoya una mano masculina en la parte baja de mi espalda, lo que me produce calor y hormigueo.

Justo cuando salimos juntos, un fotógrafo salta delante de nosotros y nos dispara un flash a la cara.

Jax le hace señas para que se vaya mientras me guía por el caos del vestíbulo.

—Atrás, por favor —ordena un bombero—. Denles un poco de aire.

La multitud se retira un poco, pero un periodista llama mi atención.

—Srta. Thornton —grita una periodista alta—. ¿Qué se siente al estar atrapada en el ascensor con Jax Blake?

Se me acelera el pulso. ¿Cómo saben siquiera mi nombre? Mi vista pasa de la mujer a Jax.

Jax me mira fijamente a los ojos y yo encuentro el calor de su mirada con la mía.

Respiro antes de responder al periodista.

—Tiene sus ventajas.

Mi respuesta recibe algunos silbidos y aplausos del público.

—Jax, ¿en qué estabas pensando ahí dentro? —pregunta ella—. ¿Te preguntabas si era el final?

Hace una pausa y se queda quieto antes de abrir la boca para hablar.

—Puso las cosas en perspectiva y me hizo pensar en lo que quiero en la vida. Y no, no lo sentí como el final. Lo sentí como un principio.

—¿El principio de qué, Jax? —pregunta el periodista.

Su mirada se mantiene fija en mí y estudio sus ojos color avellana, unos ojos que ahora me resultan profundamente familiares.

Entre la multitud circulan jadeos y murmullos.

—¿Le has cantado, Jax? —grita otro reportero.

El público estalla en ruidosas carcajadas y aplausos. Incluso algunos silbidos resuenan en mis oídos.

Jax ignora la última de las preguntas y continúa guiándome lejos de la conmoción.

Poco después, la dirección del hotel, recursos humanos y un representante sindical me

recuperan.

Intento seguirles el ritmo, pero un calor repentino me invade y cada fibra de mi cuerpo se tensa de dolorosa necesidad por el hombre con el que acabo de pasar más de dos horas en el ascensor.

¿Adónde me llevan?

—Cuida bien de ella —ordena Jax, con las cejas fruncidas—. Por favor, ponte en contacto conmigo con actualizaciones.

—Por supuesto, señor Blake —confirma una mujer de voz suave con gafas antes de ofrecer una cálida sonrisa—. La señorita Thornton está en excelentes manos.

Hace tres horas, solo era una camarera cualquiera. Ahora, todo el mundo se dirige a mí por mi nombre.

Inspiro y suelto el aire antes de hablar.

—¿Adónde vamos?

No contestan.

—Ivy —llama la voz profunda de Jax desde detrás de mí.

Me doy la vuelta y veo su cuerpo alto y delgado acechándome, con sus intensos ojos clavados en los míos. Se inclina hasta que puedo sentir su aliento caliente abanicándome el cuello. Luego se acerca a mi oído y me susurra:

—Pronto nos veremos, Ivy.

Me coge la cabeza y presiona sus cálidos labios masculinos sobre los míos, borrando todas las dudas y miedos al tiempo que hace que mi corazón lata a un ritmo desenfrenado.

Siento una repentina ligereza en la cabeza y la vista se me arremolina. Luego todo se vuelve negro.

Chapter 4



Jax

El techo es un lienzo abierto mientras me tumbo a mirarlo en la cama. Es una noche de insomnio.

Hoy no solo ha sido un día agitado. No se parece a nada que haya vivido antes, y no me refiero a la caída del ascensor, que sí fue extraña.

Pero *Ivy*. Ella está más allá de mis sueños más salvajes.

Sus ojos brillantes, su sonrisa peligrosa, la forma en que se dedica a sus asuntos en silencio hasta que tengo que suplicar su atención...

Me cautiva como nadie lo ha hecho nunca.

Busco en mi memoria detalles de nuestra conversación. Quiero guardar cada fragmento y tenerlo bien guardado en mi mente para poder sacarlo en noches como esta.

Mi interior se calienta y mi polla se endurece, levantando las sábanas como una tienda de campaña. Mi mano se desliza sobre su longitud y me imagino sus dedos allí.

La deseo. Esos labios rosados y los muslos cremosos bajo su minifalda: los necesito. Mis manos quieren envolver esas curvas sensuales y apretarlas hasta que oiga un chillido.

Nada me gustaría más que llevarme uno de sus pezones a la boca y chuparlo.

Ayer, después de caer en mis brazos, parece que se desmayó durante unos segundos.

Cuando se despertó, el departamento de recursos humanos se la llevó.

Llevo todo el día machacando al departamento, pero no paran de decirme que está bien y que su paradero es confidencial.

Mi cerebro recorre posibilidades. ¿Cómo coño voy a conseguir su número?

Pensarías que puedo conseguir cosas así porque mis hermanos son los dueños de la empresa, y porque, bueno, soy Jax Blake.

En el restaurante donde trabaja saben quién soy, pero eso no significa que tiren por ahí el número de teléfono de un empleado imprudentemente.

Hmm.

Mi hermano, Aaron, lo sabría.

Y hablando de Aaron, ¿dónde diablos está?

Le envié un mensaje de texto hace más de 12 horas en estado de emergencia. ¿Por qué no ha contestado?

Cojo el móvil de la mesilla y busco el último mensaje que le envié. Garabateo otro mensaje.

Yo:

¿Estás levantado?

Segundos después, llega su respuesta.

Aa

Sí

Me siento, me pongo la bata de seda y marco su número.

—Hermano —saludo.

—Bienvenido de nuevo a la civilización —responde su profunda voz.

—Oh, ¿has oído hablar de mi pequeña aventura del ascensor? —pregunto.

—Por supuesto —afirma—. Me alegro de que estés bien.

—Me sorprende no haber sabido nada de ti —comento.

Aaron exhala.

—Estás bien, hermano. No hagas que esto sea más de lo que es.

—Aaron, me quedé *atrapado* en un ascensor —enfatizo.

—Sí, por eso envié un equipo para cuidar a la Srta. Thornton.

—Agradecido por eso —murmuro—. Aunque éramos dos ahí dentro, hermano.

—La Srta. Thronton es una empleada —responde—. Tú eres un contratista que se ha quedado sin trabajo.

Aaron ya me ha salvado el culo más de una docena de veces en la vida. Experto financiero licenciado en Stanford y director financiero de la multimillonaria empresa familiar Blake, es condenadamente ingenioso.

Pero no se limita a repartir cosas. Me hace trabajar por ello.

Lo que sea. Es un poco gruñón, pero es mi hermano mayor y le quiero.

—Está bien —concedo, encogiéndome de hombros sin entusiasmo, aunque él no puede verlo —. Pensé que mi familia se habría preocupado por mí.

En mi cabeza resuenan sus últimas palabras sobre que me *he quedado sin trabajo*.

—Espera —digo, con el pulso acelerado—. ¿Han decidido no renovarme?

Se hace el silencio al otro lado.

—¿Qué te parece? Tú fuiste la razón principal por la que invitamos a los inversores. No apareciste, ¿qué crees que pasó? —Hace una pausa antes de asestar el golpe—. Wolfe acaba de retirarse.

Está hablando de Ethan Wolfe, un gran magnate de los medios con el que mis dos hermanos se mueren por hacer negocios.

No podía importarme menos el tipo. Lo que estaba pasando antes en el ascensor era mucho más importante.

Era mucho más importante. De hecho, fue uno de los momentos más cruciales de mi vida.

—Bueno, quizá deberías hablarlo con tu equipo de mantenimiento. Al fin y al cabo, es tu edificio —señalo—. Podríamos haber muerto hoy, para que lo sepas.

—Pero no lo hiciste —comenta—. Estás bien, y las posibilidades de que te maten en un ascensor son casi nulas.

Me golpeo el hombro tenso con los dedos para liberar la frustración. Aún no he conseguido lo que quiero y tampoco hay forma de hacer sentir culpable a Aaron.

Ya conoce ese juego.

Necesito volver de algún modo a la razón original por la que llamé. Me paso una mano ansiosa por el pelo antes de decidir dulcificar mi tono.

—¿Aaron?

—Si se trata de Ivy Thornton, la respuesta es no —dice rotundamente.

—Todavía no has oído la pregunta —le recuerdo.

—He visto las imágenes tuyas con ella —apunta—. Es mona, pero la respuesta sigue siendo no.

—Vamos, hermano. Solo necesito su número y luego no oirás hablar de esto nunca más.

—Ya se han ocupado de ella.

Mis latidos se aceleran.

—¿Quién?

Suspira y no responde a la pregunta.

—¿Por qué no conseguiste su número de teléfono cuando estabas con ella en el ascensor?

—No sabía que lo necesitaría —respondo, con la voz entrecortada.

Hay una larga pausa al otro lado.

—Muy bien, supongamos que me siento generoso y te doy su número. ¿Qué harías con él?

—¿Qué crees que voy a hacer, Aaron? Voy a llamarla.

—Jax, sabes que esto es ilegal —sermonea—. Somos un casino. No podemos repartir la información de la gente.

—Es importante. Seguro que necesita hablar con alguien. Estamos traumatizados, maldita sea. Casi se desmaya por completo cuando salimos del ascensor.

—Trauma, una mierda —comenta—. Parecía que los dos os lo estabais pasando muy bien.

Tiene razón. Lo estábamos pasando bien, pero eso no viene al caso.

—Escucha, hermano. Todo lo que tienes que hacer es darme acceso a un pequeño detalle de su expediente y luego girar la cabeza hacia otro lado. Nadie se enterará.

Hace una pausa y transcurren unos instantes de silencio.

—De acuerdo. Haré que Savannah te lo envíe por la mañana, pero *no* le digas a la señorita Thornton de dónde lo has sacado.

—Gracias, hermano —respiro, mis hombros se relajan—. Esto significa mucho.

—Sí, de acuerdo.

Me pica la curiosidad. La forma en que pronuncia el nombre de Savannah me hace reflexionar.

—¿Quién es Savannah?

—Mi nueva ayudante —explica.

—Ooh, la la —suelto.

—No es ese tipo de cosas. Es mi empleada —reitera—. No follamos con empleados.

—Entendido —confirmo. Lo sabe todo sobre mis juergas de años con trabajadoras de casinos, pero siempre me he mantenido alejado de las empleadas de Blake. Hasta ahora—. Gracias por tu ayuda.

—No hagas que me arrepienta de esto.

—Todo irá bien —insisto—. Solo voy a hacerle una llamada rápida para asegurarme de que está bien. Eso es todo. Te lo prometo.

—De acuerdo —suspira al otro lado—. Ah, ¿y Jax? La familia se reunirá en el rancho para cenar mañana por la noche. Deberías venir.

—¿La casa del rancho? Uh, ok. Permíteme, eh ... comprobar mi agenda y ver si tengo tiempo disponible, y me pondré en contacto con vosotros.

Suspira a través del teléfono.

—Levi y Daisy acaban de limpiar el lugar. Ya debería estar todo arreglado.

—De acuerdo, bien —gruño, accediendo, aunque no hay forma de que hayan arreglado el millón y dos de cosas que estaban mal en esa casa—. ¿A qué hora es la cena?

—A las siete.

Exhalo un suspiro lento.

—Allí estaré.



El sol de la mañana entra a raudales por la ventana y mi teléfono vibra en la mesilla de noche. Es un mensaje. Tiene que ser la secretaria de mi hermano.

Solo hay un número de teléfono en el mensaje, sin ninguna palabra, pero ese número de teléfono está ahí, y debe pertenecer a Ivy.

Bingo.

Mientras pulso el botón de llamada, me llega otro mensaje de texto de la misma persona.

Número priva

También puede ponerse en contacto con ella marcando la habitación 36512 desde e teléfono del hotel

Oh, mierda. ¿Ella está aquí? ¿Ha estado aquí todo este tiempo?

Yo:

Perfecto. Gracias.

¿Por qué molestarse en llamarla? Sé dónde está. ¿Por qué no aparecer?

Me pongo unos vaqueros negros y una camiseta, junto con un par de zapatillas, y salgo por la puerta en un santiamén.

Mientras bajo por el mismo ascensor que nos atrapó antes, mi cerebro recorre escenarios.

¿Estará gratamente sorprendida o cabreada cuando la vea? Solo hay una forma de saberlo.

Bajo hasta el piso 36 y me paro delante de su puerta.

Le había dicho a Aaron que no le pondría la mano encima, pero era mentira. Este pastel es demasiado dulce para dejarlo pasar.

—Lo siento, hermano —murmuro a una audiencia ausente.

En ese momento, la puerta se abre, pero solo puedo ver la pared adyacente y no hay nadie.

Aparece de repente y sale al pasillo. Está de espaldas a mí, pero puedo ver las largas ondas de su sedoso pelo castaño.

—Eh —susurro, sin querer asustarla.

Da un grito ahogado y se tapa la boca abierta con la mano.

—Me has asustado.

Es mona. Demasiado guapa.

Mis ojos se clavan en sus labios, en cómo hacen pucheros, se fruncen y se humedecen cuando se los lame.

Una ceja inquisitiva se arquea sobre su ojo mientras raspa su tarjeta-llave contra su blusa rosa.

—¿Por qué has tardado tanto?

Chapter 5



Ivy

Está de pie frente a la puerta de mi habitación de hotel, pasando una suave lengua por sus labios masculinos. Se muerde el inferior y una sonrisa irónica dibuja su boca.

—¿Me has echado de menos?

Mi corazón da una sacudida nerviosa y se me escapa una carcajada.

—Sorprendentemente, sí.

Se le levanta una comisura de la boca.

—No soy un acosador, lo juro.

Sonrío, casi para mí misma.

—Me lo estaba preguntando.

—Tienes un efecto extraño en mí. No puedo dejar de pensar en ti, en nosotros, en el ascensor —confiesa. Sus pupilas dilatadas recorren mi cuerpo y vuelven a posarse en mis ojos—. ¿Vas a invitarme a pasar?

—Tal vez —respondo frunciendo la boca—. ¿Y si no?

—Entonces me quedaré aquí en tu puerta para siempre, y las amas de llaves tendrán que empujar sus carros a mi alrededor.

Un temblor de sonrisa roza mis labios.

—¿Y si te dejo entrar?

—Continuamos donde lo dejamos antes de ser tan bruscamente interrumpidos por esos rescatadores.

Abro más la puerta. No puedo creer que me esté enamorando de un tipo que conocí ayer.

—Qué descaro, ¿verdad?

El sándalo y la menta llegan a mis fosas nasales mientras me abraza.

—Hola de nuevo.

Las mariposas recorren mi vientre mientras una oleada de calor recorre mi cuerpo.

Nos quedamos abrazados así durante unos latidos, y justo cuando creo que no me va a soltar, lo hace.

Mis brazos se sienten vacíos sin él allí.

—Hola, Jax —saludo en voz baja, haciéndole un gesto para que entre.

Entra y echa un vistazo a la lujosa suite, que seguramente ya ha visto antes, teniendo en cuenta que su asquerosamente rica familia es la propietaria del complejo.

—Hmm. Me gusta lo que has hecho con el lugar.

—Gracias —respondo, haciendo una mini reverencia.

Sus ojos curiosos se detienen en los míos y una sonrisa se dibuja en sus labios masculinos.

Se me calientan las entrañas.

—Ayer me sentía un poco mareada, así que me dieron tiempo libre y... —Vuelvo a gesticular con mi mano nerviosa—. Este espacio.

Sus ojos me sostienen la mirada.

—A mis hermanos les gusta tratar bien a sus empleados.

—Ya lo creo —comento levantando una ceja—. Ser camarera es duro, y algunos clientes son unos completos gilipollas, pero ayuda trabajar para una empresa agradable como The Blake.

—Debes de ser nueva —comenta.

Le dirijo una mirada inquisitiva.

—Antes no era así —revela—. Ha cambiado.

—¿Qué provocó el cambio? —le pregunto.

—Mi hermano mayor se enamoró de alguien del sindicato de hostelería —revela, levantando un poco las comisuras de los labios—. Ella le hizo ver el otro lado de las cosas.

—¿Un director general y un trabajador sindicalizado? Eso es muy inusual.

—Todo en nuestra familia ha sido inusual. Mi abuela murió hace unos meses y nos dejó un rancho raro que nadie quería.

—Hmm. Yo habría sido feliz con un rancho —reflexiono—. Mis abuelos me odian.

—¿Qué? —Sus cejas se arrugan—. ¿Cómo podría alguien *odiarte*?

—No lo sé. Durante años se me han ocurrido razones como que quizá no soy lo bastante lista. O quizá porque estoy demasiado gorda. O quizá me culpan de que mi padre se fuera —sugiero, encogiéndome de hombros—. Pero después de un tiempo, me di cuenta de que probablemente siempre les decepcionaré.

—Suenan fatal —concluye, extendiendo una mano para acariciarme el antebrazo.

Su tacto me calienta la piel y disfruto de su atención y sus cuidados.

—No son malas personas —le respondo, queriendo compartir más con él—. Solo son normales. A la mayoría de la gente solo le importan ellos mismos. Lo mejor es dejar de intentar complacer a todo el mundo y hacer lo que me dé la gana.

Asiente con la cabeza.

—Sí.

—No me digas que estás de acuerdo —digo, recordando nuestra conversación del ascensor—. Definitivamente tienes que complacer a la gente, y tienes a todo el mundo desvaneciéndose detrás de ti. Incluida mi madre.

Sus ojos bailan un poco.

—¿Qué?

—Mamá está histérica desde que le conté lo del ascensor. De repente es una gran fan del pop —le informo, con una sonrisa dibujándose en mi cara—. ¿Quién lo iba a decir?

—Una fanática del pop en el armario —concluye, sonriendo—. He oído hablar de ellas.

—Le diré que has dicho eso —digo, soltando una breve carcajada—. Pero de verdad, ¿qué se siente cuando todo el mundo te quiere?

—Es mucha presión —responde—. Te quieren hasta que un día... ya no te quieren.

—Ah, la cultura de la condena.

—Sí. Todo el mundo piensa que la condena llega de golpe, pero diferentes personas deciden que te odian a lo largo del tiempo —empieza—. Y ese odio sigue creciendo, año tras año, poco a poco. Hasta que un día, tienen una razón magnífica para odiarte, y pum. Estás acabado.

—Vaya. Eso es mucho —digo, resistiendo el impulso de extender la mano y consolarlo—. ¿Cómo te las arreglas?

—Llenándome las venas de felicidad sintética —responde, pasándose una mano por sus ondulados mechones rubios—. O al menos solía hacerlo.

—Oh. Acabo de leer sobre eso. Tuviste una sobredosis en el escenario en Texas.

—Sí. Mis hermanos me obligaron a ir a rehabilitación —cuenta—. Pero eso fue hace tiempo. Dejé el vicio y ahora solo bebo. —Sus anchos hombros marmóreos se encogen ahora.

—¿Mucho?

—No. Bueno, tal vez —confiesa—. No lo sé, pero últimamente me pasa algo raro. Tengo sentimientos encontrados y ya no necesito mi vaso de whisky nocturno.

—¿Por qué?

—He estado distraído —murmura.

Me inclino hacia él, queriendo oír más.

Penetra mis ojos con los suyos y luego asiente para confirmar la respuesta.

—Eres tú —declara antes de acortar el espacio que nos separa y capturar mis labios dispuestos con un beso ferviente—. Eres como una terapia.

Su lengua aterciopelada se introduce en el interior de mi boca, acariciándola y haciéndome desear más.

Lo rodeo con los brazos y le devuelvo el beso, saboreando el fresco sabor a menta de su lengua.

Me da cálidos besos en la boca y baja hasta chuparme la tierna carne del cuello.

—Anoche no pude dormir —confiesa entre jadeos—. Nunca había deseado a nadie así.

La excitación hace estragos en mi cuerpo. Me relamo y cierro los ojos antes de lanzarle una mirada cómplice.

—Yo tampoco.

Se detiene un instante para mirarme a los ojos. Luego me devora salvajemente, arrastrando una tormenta de besos por mi cuello y mi pecho. Su mano me estruja la blusa de satén y me aprieta el pecho.

Un gemido brota de mi garganta, envuelto por mi respiración agitada.

Me aspira el cuello y gruñe mientras me desabrocha los botones de la camisa. Luego tira de la delicada tela de mi blusa hasta romperla.

El sonido del desgarro me excita, mi respiración se acelera mientras un ardiente deseo recorre mi cuerpo.

Atrayéndome hacia él para desabrocharme el sujetador, sus dedos masculinos se mueven a un ritmo frenético.

Mi pecho se aprieta contra su torso musculoso y un cosquilleo recorre mi espalda.

Toma un pecho y lo aprieta antes de llevarse a la boca un pezón con punta de rosa. El punzante pezón se frunce y se endurece mientras sigue chupando.

Un gemido torturado suena en mi garganta y él me cubre la boca con sus labios, tragándose cada gemido.

Mueve su mano firme hacia la parte exterior de mi muslo y aprieta mis curvas carnosas antes de que sus dedos se desplacen hacia mi núcleo caliente.

Abro las piernas, casi desesperada por su contacto.

Mete sus dedos masculinos en mi humedad, me examina para ver mi reacción.

Mis ojos se cierran y mi respiración se apodera de mí mientras todo mi cuerpo se estremece ante su contacto.

Juguetea con el clítoris endurecido durante unos latidos, luego se mueve más profundamente para introducir uno de sus expertos dedos en el canal.

—Estás bien mojada para mí. ¿Cuánto tiempo llevas así?

El sonido de su voz profunda me excita de nuevo.

—Desde el restaurante —gimo.

Sonríe.

—¿Querías que te follara allí mismo? ¿Sobre la mesa, quizás?

Asiento con la cabeza, conteniendo un gemido.

Rodeando el abultado clítoris, me mira a los ojos antes de bajar su mirada a mi boca abierta.

Mi núcleo se curva hacia sus dedos masculinos, para conseguir una penetración extra mientras un gutural sonido de placer escapa de mi boca.

Me besa la comisura de los labios y desliza su cálida lengua en mi boca. Me pasa el pulgar por la mandíbula y me mordisquea la oreja.

—Eres jodidamente hermosa.

Me rodea las nalgas con la otra mano, coge un puñado de mi carne y me presiona contra el bulto de sus vaqueros. Exhala.

—Primero necesito probarte.

Me lleva al minibar de la suite y empuja una cubitera hacia el fregadero. Apoya mi trasero en la encimera y me empuja hacia delante agarrándome por los muslos.

—Ábrete bien para mí, cariño.

Chapter 6



Jax

Estira hacia mí sus largas piernas y apoya un pie en la pared adyacente, dejando al descubierto un remanso entre sus muslos.

—Buena chica —digo, moviendo su ropa interior a un lado de su raja y examinando el canal reluciente.

Unos rizos húmedos cubren su montículo, esperando ser acariciados. Acaricio el montículo y acaricio las finas hebras con la mano plana.

—Qué gatita tan bonita.

Luego estudio el palpitante vértice rosado del núcleo antes de aspirar su aroma femenino. La testosterona me recorre la ingle y el placer me recorre las venas. Mi cuerpo se estremece al exhalar.

La quiero, joder.

Hundo mi cara en ella, sabiendo que tal vez nunca salga. Exploro la piel húmeda y lamo los pliegues, mi lengua la azota por dentro, abriéndola.

Tiembla y gime, me agarra por detrás de la cabeza y me presiona con avidez aún más dentro de ella.

—Por favor, Jax.

Me meto todo el clítoris en la boca y lo chupo, mientras mis dedos se deslizan en el agujero, provocándola, tentándola.

Sus caderas saltan y grita de protesta.

—Tranquila, chica —le ordeno, rodeando con mis brazos sus flexibles muslos para mantenerla firme—. Déjame probarte.

Luego llegan gemidos más fuertes y su montículo mana jugo fresco para que yo lo lama. Me muero de ganas de meterle la polla, pero me contengo y doy varias vueltas alrededor de su clítoris.

Meciendo su dulce cuerpo contra mi lengua, sus caderas se levantan y empujan contra mí con cada toma. Poco después, se sobresalta y grita.

Agarro sus muslos con más fuerza, girando y escurriendo el clítoris hasta que su cuerpo tiembla sobre la encimera. Después, me levanto y respiro hondo por la nariz.

—Necesito tenerte —gruño, desabrochándome la hebilla del cinturón—. Ahora.

El cinturón tintinea hasta el suelo de mármol.

Ella gime y arquea la espalda, mostrando sus pechos perfectos y redondos.

Saco mi cargada polla de los calzoncillos. Acaricio su longitud y froto la cabeza contra su muslo lechoso hasta que mi virilidad gotea sobre sus pliegues y se mezcla con su jugo. Luego mezclo y masajeo el fluido medicinal en su piel.

Mueve la cabeza hacia atrás y emite un gemido entrecortado.

La vara dura como una roca suele ser suave como la seda, pero ahora tiene venas ardientes en la parte inferior, el tipo de venas que solo aparecen cuando es hora de follar.

Un delicioso escalofrío me recorre ante la sola idea de estar dentro de ella, lo que me impulsa a agarrar su carnoso trasero. Deseando que disfrute de cada centímetro de este músculo masculino, la apoyo en el borde de la barra.

Respira agitadamente y cruza las piernas alrededor de mis caderas.

Coloco mi agresiva polla en su entrada y tiro de ella hacia delante con un brazo.

Se sujeta a mis hombros mientras agarra el mostrador.

Hundo la larga y palpitante vara en su calor.

Exhala un gemido agudo.

Un placer inmediato se dispara por mi erección, casi haciéndome perder mi semilla dentro de ella. Respiro y recupero el control de mí mismo. Entonces la meto lentamente hasta que no puedo más.

Observa la entrada y luego me mira de forma inocente y suplicante.

—Estás apretada —le digo—. Te haré daño si entro más profundo.

—Pero es un buen dolor —arrulla, con su dulce voz temblorosa—. Por favor, dame más, Jax.

Asiento con la cabeza una vez y le introduzco más la gigantesca vara.

Su canal se estira alrededor del grueso palo y sus ojos se ponen en blanco mientras se lame los labios antes de emitir un largo gemido.

Grito, apenas capaz de contener el placer que me consume.

Sus piernas se aprietan alrededor de mis caderas mientras se apoya en el mostrador.

Comienzo mi ritmo, bombeándola y disfrutando de los pechos que se agitan con cada embestida.

Ella sigue mi ejemplo y levanta las caderas para que su canal pueda aceptar correctamente la longitud.

Aumentando el ritmo y el ímpetu hasta clavarle la polla palpitante en su núcleo caliente, aprieto su cabeza húmeda contra mi corazón palpitante.

Oleadas de intenso placer golpean mi cuerpo y mis ojos borrosos se clavan en los suyos mientras observo cómo sus gráciles facciones se transforman en una codicia llena de lujuria.

Su cabeza se balancea hacia atrás y golpea accidentalmente el mueble bar que tenemos detrás, haciéndola jadear.

—¡Ay!

—¿Estás bien, cariño? —le pregunto, sin dejar de bombear dentro de ella mientras aprieto su dulce cara contra mi torso con la palma de la mano.

—Sí —gimotea, inclinando su húmeda cabeza hacia mi pecho.

Mi otra mano le da una palmada en el culo y no quiere irse, así que no lo hace. En lugar de eso, aprieto la carne con más fuerza y empujo sus caderas hacia la floreciente polla.

Abre más las piernas para conseguir más.

La almizclada habitación está en silencio, salvo por nuestros gemidos, quejidos y respiraciones

agitadas.

Necesito volver a ver su hermoso rostro, agarro un puñado de su pelo y la separo de mi pecho sin dejar de bombear dentro de ella.

—Buena chica —elogio, presionando un suave beso en su frente entre respiraciones—. Te estás adaptando bien a mi polla, y eso me hace un hombre muy feliz.

Sus brillantes ojos de cierva me miran antes de sonreír y recostar la cabeza en mi pecho.

Aprieto los dientes y lucho contra la sensación que se apodera de mi tenso cuerpo.

Al poco tiempo, una ronda de gemidos de éxtasis brota de lo más profundo de su garganta, más agudos y feroces que antes.

Su cuerpo se doblega ante la sensación, alcanza el clímax y grita mi nombre. Luego mece su cuerpo hasta el placer restante en los lances finales.

Aprieto con más fuerza dos veces más, y noto que la semilla me sube por la entrepierna. Me detengo y retiro el órgano masculino de ella, acariciándolo hasta que derrama su leche terapéutica sobre su muslo carnoso.

Nuestros cuerpos se desploman el uno sobre el otro y nos quedamos con la respiración entrecortada mientras nos abrazamos en la encimera del bar.

Cuando recuperamos el aliento, la cojo en brazos y la llevo a la cama.

No quiero irme de su lado esta noche.

Chapter 7



Ivy

Me despierto ante él y apoyo la cabeza para poder observar cómo su musculoso pecho sube y baja con cada respiración. Sus labios masculinos están ligeramente abiertos. Al frotar la sequedad de mis ojos nublados, una leve sonrisa levanta las comisuras de mis labios.

Hace 48 horas, no sabía que este hombre existía. Ahora, mientras duerme a mi lado, siento que lo conozco de toda la vida.

Lo curioso es que venimos de dos entornos diferentes. Él es de una familia de multimillonarios, y yo de un clan de fideos ramen.

Se revuelve y se vuelve hacia mí antes de abrir un ojo y mirarme. Luego abre los dos.

—Buenos días, dormilón —saludo, disfrutando de la vista de sus facciones duras y atractivas.

Se frota el costado de su cincelada cara y vuelve a mirarme.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—Oh, solo unas tres horas.

Sus labios se aplastan.

—Es broma —le informo—. Solo unos minutos. Pareces tan tranquilo mientras duermes, como si no tuvieras ni una sola preocupación.

—Creo que es por ti. Normalmente soy un tren descarrilado esperando a salir corriendo.

—*Yo me* subiría a ese tren —digo, relamiéndome los labios y estudiándole—. Asumiría el riesgo.

Sus ojos se redondean mientras se levanta y se apoya en una mano.

—¿Por qué?

Sopeso mi respuesta antes de responder.

—Porque eres diferente y realmente escuchas las tonterías que salen de mi boca —respondo, sonriendo—. Eres un buen hombre.

Esboza una sonrisa inmediata y me acerca para que descanse sobre su pecho.

—Estuviste increíble anoche. Se me pone dura solo de pensar en lo bien que me acogiste.

Me recuesto sobre su ancho torso, metiendo la cabeza bajo su barbilla, y un suspiro de satisfacción flota en mis labios.

—Me queda perfecta.

Pasamos las siguientes tres horas riendo, jugando, abrazándonos y follando.

Se desploma de nuevo a mi lado.

—¿Tienes hambre?

—Podría comer.

Especialmente después de esto. Realmente me pone en marcha, me da energía y luego me la quita, me desgasta con esas fuertes caderas masculinas, sus grandes manos y su viril polla.

Pero me gusta su fortaleza sobre mí. Me siento protegida.

—Bien —responde, cogiendo el teléfono.

Pide una multitud de alimentos frescos: zumos, cruasanes, huevos preparados de tres maneras, beicon, salchichas, magdalenas y un café que necesita urgentemente. Dice algo en voz baja y cuelga.

—¿No es demasiada comida? —pregunto—. Nos facturarán una pequeña fortuna.

Sacude la cabeza.

—Eh, estaba pensando que no era suficiente —comenta, sonriendo—. Ven aquí, cariño. Déjame darte un masaje en los pies mientras esperamos la comida.

Me siento en una silla y él amasa mis cansados pies de mujer trabajadora.

—Mmm —gimo y me hundo en la silla—. Qué bien sienta.

Sigue trabajando mi pie derecho, y una pregunta aparece en mi mente.

—¿Qué se siente al ser rico?

—En general, está bien. Puedes hacer y tener lo que se te ocurra, pero hay dos cosas que el dinero nunca te dará.

—¿Cómo qué?

—El dinero no puede comprar la diversión, y seguro que no puede comprar el amor.

La mera mención de esas palabras me pone nerviosa. Me meto las manos en los bolsillos, pero no puedo apartarme de sus ojos seductores y su cuerpo hercúleo.

Un golpe sacude por fin la puerta y él se levanta.

Me levanto y me paso los dedos por la melena enmarañada. Es raro que me sirvan comida cuando normalmente soy yo quien la sirve.

Una celebridad glamurosa como él probablemente nunca tenga que plantearse cosas así.

—Buenos días, Sr. Blake —saluda un joven ayudante de servicio, llevando una mesa y flores.

—Sí, hace una mañana preciosa, ¿verdad? —responde Jax con una gran sonrisa en su apuesto rostro.

El empleado me echa una mirada y frunce las cejas antes de inclinar la cabeza hacia un lado.

Está claro que algo no va bien. Extiende la docena de rosas rojas hacia mí y se queda quieto.

—Hola, señorita.

Le he visto por la cocina, pero el casino tiene miles de empleados, así que no le conozco bien.

Levanto la mano en un leve gesto de saludo.

—Hola —saludo con voz vacilante, aceptando el impresionante jarrón de flores aromáticas—. Gracias.

Entran más asistentes trajeados, cada uno de los cuales se detiene a mirarme. Todos parecen reconocerme, pero yo no conozco a ninguno.

Me froto la cara e intento cubrirla con un mechón de pelo. No quiero que se me conozca por esto. La noticia se extenderá y pronto seré recordada como la empleada que se revolcaba con un Blake.

El equipo de cuatro personas prepara una mesa vestida de blanco y coloca sobre ella varios platos cubiertos de acero inoxidable. Parece un festín digno de la realeza.

Jax desliza un billete de cien dólares a cada uno de los camareros y, antes de que se vayan, uno de ellos se da la vuelta.

—Mi hermana es una gran admiradora —dice, sacando un bolígrafo y un papel—. ¿Puede darle un autógrafo?

Jax sonríe.

—Por supuesto. ¿Cuántos años tiene tu hermana? —pregunta, cogiendo el bolígrafo y el papel y apoyándolo contra la pared.

—Tiene 16 años y tiene pósters suyos por todas partes.

Jax finge una expresión de sorpresa.

—¿Quién querría *mirarme* todo el día?

Las risitas recorren la sala.

Garabatea en el papel y se lo devuelve al empleado.

—Muchas gracias, Sr. Blake. Si necesita algo, por favor llámenos. Estamos a su servicio.

Jax asiente.

—Gracias, señor.

Imagínate a un multimillonario llamando «señor» a su camarero.

El camarero me echa una mirada y asiente con la cabeza antes de guiñarme un ojo.

El sudor me salpica el labio superior.

Lo sabe, y pronto todo el restaurante hablará de verme en la habitación con Jax Blake.

El reloj me mira fijamente. ¿Debería estar haciendo esto?

Seguro que ha pasado muchas mañanas en la cama con una mujer antes de mimarlas con un lujoso banquete.

Tal vez el personal de servicio ya ha estado aquí docenas de veces en el pasado.

Me paso la mano por el pelo, ansiosa, y la voz de mi madre resuena en mi cabeza.

Nada es gratis, Ivy.

Esto es cosa de cuentos de hadas, y yo no pertenezco a este lugar, haciendo *esto*. Me aparto de la mesa y me levanto.

—Esto ha sido maravilloso. De verdad, de verdad, lo ha sido. Todo, la suite Blake, una noche de fantasía contigo y una cena de lujo, pero...

Sus cejas se fruncen durante un milisegundo antes de inclinarse hacia él.

—Tengo que volver al trabajo.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunta—. Disfrutemos del día.

—Mira, obviamente ya no estoy mareada por el incidente del ascensor. Esos chicos me han reconocido —conjeturo, señalando hacia la entrada—. Recursos Humanos podría llamar a la puerta en cualquier momento para ver cómo estoy.

—Los enviaré lejos.

—Es mi trabajo, maldita sea. Algunos no disponemos de un flujo inagotable de dinero, y yo no puedo hacer lo que me dé la gana en la vida. Tengo que *trabajar*. Mi madre cuenta conmigo —afirmo, oyendo que me tiembla la voz—. Soy todo lo que tiene.

Me coge la mano y me evalúa.

—¿Siempre has querido ser camarera? Quiero decir, ¿de pequeña?

Mi cara se frunce.

—Diablos, no.

Inclinándose hacia delante, asiente una vez.

—¿Qué soñaste ser?

Vuelvo a sentarme a la mesa y muerdo una fresa cubierta de chocolate. Su sabor es decadente

y me provoca un orgasmo alimentario. Lo disfruto antes de responder a la pregunta.

—Pianista.

Se queda con la boca abierta.

—¿Qué?

—Quería tocar el piano.

—Fuera de aquí.

Me sale una sonrisa de dentro y me afloja la cara tensa.

—No, en serio. Mi madre me dio clases cuando era niña. Decían que era un prodigio, pero luego papá se fue y el piano se vendió poco después.

—¿Cómo no lo sabía? —Pestañea un par de veces con los ojos muy abiertos antes de arrugar las cejas. No espera respuesta antes de sacudir la cabeza y separar los labios de nuevo—. ¿Por qué no te ganas la vida con esto?

Una fuerte exhalación sale de mi boca y me inclino hacia él.

—Porque necesito dinero. No todo el mundo puede tocar un par de temas y hacerse famoso.

Se toma el codo con una mano mientras se golpea los nudillos contra los labios.

—¿Crees que eso es lo que hago?

—No —suspiro—. Seguro que trabajas duro, pero tú eres *tú*.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, eres como un corazón palpitante de casi dos metros —le explico—. Las chicas se vuelven locas por ti.

—¿Y no por mi música?

Su rostro carece de emoción mientras me estudia.

Me froto un lado de la cabeza.

—No, es sólo que...

—Ivy, eres guapísima, y estoy seguro de que sabes tocar el piano de maravilla —dice a bocajarro—. Simplemente no crees en ti misma.

Mis labios se endurecen.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor? Hablemos de otra cosa.

Me mira fijamente durante un par de segundos.

—Sí, por ahora —responde sin pestañear—. Pero lo discutiremos más tarde.

Nos zambullimos en el glorioso almuerzo y los sabores explotan en mi boca.

—Dios mío. Creo que este es el mejor desayuno que he tomado nunca.

—Vamos —dice, torciendo la boca—. Trabajas en la cocina. Seguro que ves esto todos los días.

—No, ciertas cosas están fuera de mis límites. Como que nunca nos darían fresas cubiertas de chocolate, por ejemplo. Está prohibido. — Muerdo otra y saboreo su sabor.

Sentado de nuevo en su silla, Jax vuelve a observarme.

Dejo de masticar y me quedo quieta.

—¿Por qué me miras tanto?

—Porque eres jodidamente guapa —suelta—. Y porque mi cerebro intenta imaginar cómo serían nuestros hijos.

—Bueno, no te esfuerces demasiado —advierto, medio riendo—. Seguramente te decepcionarás.

Ladea la cabeza y suspira.

—¿Por qué siempre hablas así de ti misma?

—Solo digo las cosas como son —respondo—. Soy una simple Ivy a tu lado.

Sacude la cabeza y sigue mirándome a los ojos.

—Quiero esta simple Ivy, *muchísimo* —subraya—. Por favor, tómate tiempo para recordártelo.

El reloj vuelve a mirarme.

—Oh, mierda —suspiro, levantándome para ponerme la falda—. Llego tarde a la cita con el médico de mi madre.

—Por supuesto —afirma enseguida—. Haré que te lleve mi chófer.

Hago un gesto de desestimación con las manos.

—No, estoy bien. Mi coche está en el aparcamiento, pero puedes quedarte.

—No, yo también tengo que volver —confiesa mientras sus largas y musculosas piernas se levantan del asiento—. Tengo una cena con la familia esta noche, en el rancho.

—Oh —digo, cogiendo el bolso y las llaves—. Bueno, pásalo bien. Tengo la tarjeta llave, así que cierra la puerta al salir.

—Sí, señora —afirma, asintiendo—. Conduzca con cuidado por ahí.

Compartimos un prolongado beso que me hace desear quedarme. Me lo quito de la cabeza y salgo para bajar en ascensor.

El incidente de ayer me viene a la cabeza y me acelera el corazón. ¿Y si no hubiera estado aquí en el ascensor conmigo?

Habría sido un desastre, asustada y gritando. Pero él estaba aquí, protegiéndome, haciéndome sentir segura. Me preparo y me miro en el espejo para ver mi cara radiante y mi melena castaña. Tengo un aspecto diferente. Más joven, como alguien que explora y disfruta de la vida con curiosidad.

En cuanto se abren las puertas y salgo, se me acercan dos fotógrafos y un periodista.

—Señorita Thornton, ¿está disfrutando de su suite en el ático con Jax Blake? —pregunta el reportero.

Pongo los ojos en blanco y acelero el paso para llegar al aparcamiento.

Otra pregunta vuela hacia mí.

—¿Estáis Jax y tú recuperándoos después del percance del ascensor?

No respondo, pero escucho más preguntas.

—¿Qué hay de la herencia, Srta. Thornton? ¿Le ha hablado Jax del heredero requerido por el testamento de su abuela?

Hago una pausa y vuelvo a mirar las cámaras parpadeantes. Me detengo y miro hacia atrás, hacia las cámaras que parpadean. Espera.

Mi cerebro se revuelve. Parece que saben mucho más que yo. Quiero preguntarles y darles la lata para que me respondan, pero me meto en el coche y arranco el motor.

No voy a entretener a estos buitres hambrientos de los medios.

Suena mi teléfono. Es Giselle.

—Hola, mujercita —saluda, con una sonrisa en la voz.

—¿Qué?

Ella se ríe de una manera que es únicamente Giselle.

—Solo te estoy tomando el pelo. ¿Cómo está Jax, y cómo va tu gloriosa estancia en el ático?

Tomo aire bruscamente.

—¿Cómo sabes nada de eso?

—Estás de broma —comenta con voz grave y juguetona—. ¿No has visto las noticias?

—No lo he hecho. —Mi mente repasa los acontecimientos del último día, incluido Jax dándomelo todo en la barra del bar de la habitación del hotel—. He estado ocupada.

—Seguro —bromea con una carcajada.

Amo a Giselle a muerte, pero no está siendo sincera conmigo.

—Giselle, tengo que llevar a mamá al médico y se me hace tarde. ¿Hay algo que necesite saber?

Se produce un breve silencio.

—No te has enterado, ¿verdad?

—No —respondo, apretando los labios—. Por favor, comparte.

—La abuela de Jax falleció y dejó a Jax y a sus hermanos una fortuna, pero solo recibirán la herencia con una condición. —Hace una pausa y me deja colgada—. Cada uno tiene que casarse y tener un hijo.

—¿Qué?

—Sí, así que, si notas que tu Jax se precipita, bueno... ahora ya sabes por qué.

Mi cara se tensa.

—Estás mintiendo.

—Yo no —responde— Jax realmente debe tenerte secuestrada porque esta noticia ha estado rompiendo internet durante las últimas 24 horas.

No sé cómo responder, así que no digo nada.

—¿Estás ahí? —pregunta.

—Sí —respondo—. No sé qué pensar de esto.

—Chica, si el guante te queda bien, póntelo. Quiero decir, ¿quién no querría estar con Jax Blake? —pregunta, sacando a relucir un acento floridano que creía que ambas habíamos abandonado hace tiempo—. Es una estrella de rock multimillonaria, por el amor de Dios. Monta esa polla hasta que se te caigan las tetas, cariño.

Ignoro las divagaciones de Giselle y agarro el teléfono con más fuerza mientras vuelvo a centrarme en Jax.

¿Está buscando a alguien, a cualquiera, para que dé a luz a sus hijos por dinero? ¿Es esa la razón por la que me ha estado acosando?

Un remolino de nudos nerviosos se apodera de mi estómago. No puedo creer que me esté tragando esta mierda.

—Tengo que irme —digo antes de apagar el teléfono y tirarlo al asiento del copiloto. El teléfono me fulmina con la mirada y me entran unas ganas terribles de llamarle.

Justo cuando vuelvo a coger el teléfono, se enciende con un mensaje.

Número priva

Ya te echo de menos

Tiene que ser él. Escribo una respuesta y pulso enviar inmediatamente.

Yo:

¿Por qué no me lo dijiste?

Un segundo después, devuelve una respuesta.

Número priva

¿Decirte qué?

Un gemido retumba en mi boca y agarro el teléfono con más fuerza para responder.

Yo:

Claro, podemos jugar a este juego.

El teléfono vibra con el número privado de la persona que llama en la pantalla. Me está llamando.

—¿Qué está pasando? —pregunta con su voz de barítono, pero no es una pregunta. Es una exigencia de respuestas.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunto, con voz vacilante.

—No estoy seguro de lo que estás hablando —dice, su voz se suaviza—. ¿Qué pasa, cariño?

Parece sincero, pero ¿es solo parte de un juego retorcido?

—Acabo de hablar por teléfono con Giselle —le digo.

—¿Y?

—Pon las noticias, Jax.

Un ruido repentino de la televisión resuena en el teléfono.

—Oh, mierda. —Hace una pausa y escucha más la televisión a todo volumen—. No sé nada de esto —dice en voz baja.

—¿Cómo no vas a saberlo si todo el mundo habla de ello? —pregunto.

—Vamos, ya sabes que tengo a los medios de comunicación bloqueados —replica—. No presto atención a todo lo que dicen de mí.

Solo le creo a medias. Obviamente no le gustan los medios, pero esto es ridículo.

—Estamos hablando de tu familia y de tu herencia. ¿Nadie te contactó acerca de esto?

Se hace el silencio en la línea, pero le oigo respirar.

—Me lo habrán ocultado —concluye en voz baja.

Una parte de mí se siente mal por él. Ser de una familia grande y rica parece ser divertido, hasta que no lo es.

La otra parte de mí solo quiere huir.

—Jax, soy una chica sencilla —empiezo—. Sirvo comida en un restaurante, me encanta el vino tinto y cuido de mi madre cuando no se encuentra bien. Todo esto de la herencia, los paparazzi y el ático es demasiado complejo para mí.

—Ivy, por favor, créeme. No sabía nada de esto. Desde el momento en que te vi en el restaurante, solo te deseaba. Eso es todo. Los medios, la herencia y lo que sea que digan de mí está fuera de mi control.

Un repentino recuerdo de antes aparece en mi cerebro.

—Pero esta mañana... esta mañana mencionaste algo sobre niños.

—Cierto, pero juro por Dios que no sabía nada de esto.

—¿Estás seguro? La avería del ascensor ocurrió en un momento muy oportuno.

—¿Qué estás diciendo? ¿Crees que amañé el ascensor y arriesgué nuestras vidas? —exige, con la voz temblorosa—. ¿Te estás escuchando a ti misma ahora?

Tiene razón. Suena ridículo, pero nada de esto tiene sentido y no sé qué creer.

—Cuando subí al ascensor, estabas a punto de bajarte en el restaurante —recuerdo—. Pero te quedaste. ¿Qué fue eso?

—Ivy, no hagas esto —exige, su voz espesa por la emoción—. Sabes por qué me quedé. Quería estar contigo y tenía que tenerte.

No sé cómo responder, así que no lo hago.

Se le quiebra la voz.

—Estoy obsesionado contigo, Ivy, maldita sea.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Yo también te he deseado, Jax, y aún lo hago. Pero no así.

—Vale. No puedo obligarte a estar conmigo —dice en voz baja y dolorida—. Si no estás dispuesta a lidiar con los inconvenientes que conlleva estar con alguien como yo... entonces deberíamos terminar.

Unas lanzas me atraviesan el corazón mientras una repentina frialdad me golpea en lo más profundo. Me froto el pecho y parpadeo para contener las lágrimas.

—Vaya, qué decisión tan rápida —suspiro, con la voz quebrándose con cada sílaba—. Vale, Jax. Si eso es lo que quieres, vamos a decirlo. Hemos terminado.

Chapter 8



Jax

De pie en el salón del rancho recién remodelado, veo a cada uno de mis hermanos. Ríen, bromean y se toman el pelo alegremente mientras beben copitas de oporto y pican jamón de Jabugo.

Dos de mis hermanos están casados ahora, y sus mujeres ya están embarazadas al mismo tiempo, lo que me pone los pelos de punta.

¿Tiene algo que ver con todo este lío de la herencia? Probablemente.

¿Hab dejado embarazadas a esas chicas para conseguir el dinero? Lo más probable es que sí.

—¿Qué os parece? —pregunta Noah, mi hermano mayor, iniciando un nuevo tema de conversación—. ¿Deberían pintar las paredes de blanco, o deberían ir con algo más sutil para el salón?

—¿A quién coño le importa? —interrumpo—. ¿Por qué no me habéis dicho lo de la herencia? —reprendo a mis hermanos en voz alta—. Sobre todo tú, Aarón. Hablamos justo ayer. ¿Qué coño?

—Te lo dijimos —responde Aaron—. Probablemente estabas borracho y no te acuerdas.

—¿Qué? —Mi cerebro se revuelve—. ¿Cuándo?

—Hace tres meses, cuando volviste a la ciudad y desembolsé una fortuna para tu manutención —comenta Aaron antes de levantarse del sofá y alejarse.

Deja que el alegre Aaron señale mi lado bueno. Aunque todo lo que dice es probablemente cierto. En ese momento, estaba tropezando con fundas de guitarra y botellas de tequila, y no podía terminar de escribir una canción para salvar mi vida.

Me hundo en el sofá.

—Entendido —murmuro antes de mirar a Noah—. Háblame de la herencia.

—Es muy sencillo. Si cada uno de nosotros se casa y tiene un heredero, la abuela Farah liberará cinco billones de dólares —informa—. Se dividirá entre los cinco.

Miro fijamente a Noah.

—¿Por eso saliste corriendo y te buscaste una novia de un día para otro?

—Vaya, hermano —responde, agitando sus grandes manos y sonriendo—. No sucedió exactamente así.

Lo de la herencia me molesta, y ya parece que estamos en un extraño frenesí de crianza para conseguir el dinero. Es la misma razón por la que me mantengo alejado del negocio familiar que heredamos hace muchos años. Esto no me gusta.

Me froto las sienes. Si me hubieran avisado antes de todo este asunto. Entonces podría haber sido más consciente y haber hecho una declaración pública al respecto.

Y entonces no habría perdido a Ivy.

Pero en vez de eso, tuve que oírlo de un tercero. Peor aún, de la propia Ivy.

Me duele el pecho y siento una repentina frialdad mientras repaso los acontecimientos de los dos últimos días.

Ivy y yo compartimos momentos hermosos, pero ya se acabaron. Necesito seguir adelante y dejarlo atrás.

—Bueno, obviamente nunca sentaré la cabeza, chicos —revelo, con la voz palpitante—. Todas las mujeres que se me acercan solo quieren sexo y fama o lo que sea, de todos modos.

—¿Incluso Ivy? —me pregunta Kat, la mujer de mi hermano mayor, anulando todos los esfuerzos por apartar a Ivy de mis pensamientos.

Kat trabaja en relaciones laborales y con el sindicato local, así que probablemente esté bien informada sobre Ivy y el problema del ascensor.

—No —murmuro, sintiendo que me invade una oleada de dolor—. Ella no.

—Bien —comenta mi hermano mayor, Noah—. No necesitamos que folles con ninguno de nuestros empleados.

Kat se cruza de brazos y suspira mientras lanza una mirada a su hombre.

Yo también miro de reojo a mi hermano y aprieto los labios.

—Lo dice el que se tira a la representante sindical.

Kat se ríe y sacude la cabeza, pero está claro que tiene algo más que decir.

—Lo que pasó entre Kat y yo fue amor —replica Noah—. Sea cual sea el juego que estás jugando con Ivy ... tiene que parar antes de que nos demanden.

Levanto la barbilla.

—Entonces, ¿lo tuyo es amor, pero yo solo juego?

Noah se burla.

—¿Por qué estás siquiera interesado en esta persona? No parece ser tu estilo.

—Cierto. Es muy diferente a cualquiera que haya conocido antes —comento, pasando la mano por una veta de madera—. Pero eso ya no importa porque ella no quiere saber nada de mí.

—Mucho mejor, porque la señorita Ivy Thornton está fuera de tu alcance —asegura Noah.

Kat se vuelve hacia Noah.

—¿Por qué? Ivy es una buena persona, y Jax también. Se merecen encontrar el amor, igual que nosotros. ¿No lo ves?

Noah tuerce la boca hacia un lado y vuelve a sentarse en el sofá. Rodea a Kat con un brazo. Su rostro se suaviza al mirarla.

—Tú y yo no éramos exactamente convencionales, ¿verdad?

—No, para nada —afirma Kat—. Pero, afortunadamente, nadie nos dijo que no podíamos enamorarnos. Porque, francamente, eso habría sido una mierda.

Noah suspira.

—Cierto. Vale...

—Chicos, escuchad. No tiene sentido discutir nada de esto. —Reduzco la velocidad para poder enunciar cada palabra más claramente—. Como dije, ella no me quiere.

—No lo creo —responde Kat—. ¿Quién lo dice?

—Ella, hace un par de horas, por teléfono —respondo—. Dijo que no podía lidiar con todo esto.

Kat sacude la cabeza desafiante.

—Lo que realmente está diciendo es que te quiere a ti, pero no todo el dolor de cabeza que conlleva conseguirte.

Me inclino y la escucho.

—¿Y?

—No le enseñes el dolor de cabeza. Lo único que hiciste fue quedarte atrapado en un ascensor y echarle encima a un montón de paparazzi —comenta—. Nadie quiere lidiar con eso al principio de una relación.

Y continúa.

—Si se abre de piernas para ti, será mejor que le hagas pasar un buen rato. Eres un tío divertido, Jax, querido por millones. ¿Ha visto ya la diversión? Enséñale las ventajas, nene.

—Sí, hermano —dice Noah, asintiendo y cambiando de tono para ponerse del lado de su mujer —. ¿La has invitado a cenar ya?

Me quedo callado unos instantes mientras reflexiono.

—Tenéis razón —admito—. Hasta ahora, esto con ella ha sido sobre mí y salirme con la mía. Tengo que pensar más en sus deseos y necesidades.

—Exacto —confirma Kat.

Una idea entra en mi cabeza como un huracán.

—Creo que sé qué hacer.

Chapter 9



Ivy

Esta semana habría sido un fracaso total si no fuera por las buenas noticias del médico. Han llegado los resultados de las pruebas de mamá y su cáncer está oficialmente en remisión.

Uf. Estuvo cerca y casi la pierdo, pero lo logramos.

Me levanta el ánimo después del torbellino de acontecimientos que acabo de vivir con Jax.

Debería haber sabido que no debía liarme con un tipo como él, rodeado de mujeres glamurosas y cosas lujosas. ¿Qué iba a hacer con una simple camarera como yo?

Jax Blake nació con una cuchara de plata en la boca. La gente corriente como yo le *sirve* a gente como él.

Aun así, no puedo evitar preguntarme cómo habrían sido las cosas si me hubiera quedado. El vínculo químico estaba claro allí. Diablos, incluso podría haber sido mi alma gemela. Pero este es el mundo real. Las chicas trabajadoras como yo con ampollas en los pies no salen con hombres guapos como él.

Sujetándome los botones de la blusa, exhalo. Puede que no lo haya tenido mucho tiempo, pero lo tuve, y fue bueno mientras duró.

Una brisa levanta las cortinas de la ventana abierta.

—¿Por qué sonríes? —Mamá me observa, reflejando mi sonrisa—. ¿Jax?

Asiento con la cabeza.

—Sé que debería estar triste ahora, pero no lo estoy, y eso es raro.

—Debe ser amor.

Me enfrento a ella.

—Creo que me siento... agradecida. De haberle conocido, de haberle querido y de haber sido adorada por él, aunque solo fuera por un tonto día.

—Un día tonto, pero muy potente. Déjame preguntarte esto... ¿por qué rompiste con él?

—Por toda su locura mediática y de herencia. Todo el mundo empezaba a ver lo básica que era, y él se habría dado cuenta, al final. Afrontémoslo, no soy nada comparado con el glamour habitual que lleva colgado de su brazo.

—¿Entonces por qué estaba tan fascinado contigo?

Una fuerte bocanada de aire me refresca la garganta. No tengo respuesta a esa pregunta, así

que no digo nada.

—Seguro que te perseguía porque le interesabas —comenta.

—No lo entiendes, mamá —le digo con el pecho apretado—. Jax es guapo, divertido, creativo, rico y querido por millones de personas. Toda esa gente va a estar mirándome, preguntándose qué demonios está haciendo con alguien como yo. No puedo seguir con todo eso.

—No tienes por qué hacerlo. Sigue tu ritmo y deja que él haga el resto —aconseja—. Relájate y deja de intentar controlarlo todo. Deja que te haga pasar un buen rato.

—Sí —admito, sin querer seguir discutiendo ni hacer nada que pueda alterar nuestro buen humor. La verdad es que no tiene remedio.

Probablemente ya esté ocupado con otras cosas... escribiendo canciones, planeando una gira mundial y tal vez incluso acechando a alguien nuevo. Tal vez alguna otra camarera.

Necesito seguir adelante. Ni siquiera veo cómo puedo trabajar en The Blake, con el recuerdo de él sentado a la mesa de la forma en que lo hizo esa noche.

Una sonrisa levanta una comisura de mis labios. Estaba tan iluminado con esos chupitos de tequila... y tan, tan atractivo.

Pero ya se ha acabado.

El repentino sonido del rasgueo de una guitarra resuena en el aire.

Levanto la cabeza para escuchar la singular melodía.

—Viene de fuera —dice mamá, acercándose a la ventana y abriendo las cortinas.

La luz del día entra a raudales, y ahí está Jax.

Su cuerpo alto y delgado está de pie en la acera, entre tres de sus compañeros de banda. Se le ilumina la cara al verme y sigue tocando la guitarra. Después de un par de minutos, empieza a cantar.

En un mundo abarrotado, donde reina el caos,

Encontramos nuestro refugio en una caja, a gran altura del suelo,

Estábamos solos tú y yo, sin lugar adónde ir,

Perdido en un ascensor, pero me sentía como en casa.

Mi corazón se acelera cuando mamá me aprieta la mano y me mira.

—Dios mío. Escribió esto para ti.

Jax rasguea su guitarra y entona los siguientes versos.

Perdido en un ascensor contigo,

Mi corazón alzó el vuelo, y nuestro amor creció,

Con cada planta y cada suspiro,

En ese momento supe que eras mi cielo.

En ese pequeño espacio, compartimos nuestros sueños,

Secretos susurrados y lo que realmente significa el amor,

El tiempo se detuvo mientras nos elevábamos hacia el cielo,

Perdido en un ascensor, pero me sentía tan bien.

Se me llenan los ojos de lágrimas. ¿Está pasando de verdad? Que alguien me pellizque, estoy soñando. Debo de haberlo dicho en voz alta porque mamá me rodea con el brazo y me dice:

—Esto es real, cariño. Su corazón está en el lugar correcto.

Jax canta las siguientes líneas.

Sin luces intermitentes, sin el abrazo de la multitud,

Solos tú y yo, en este espacio tranquilo,

Estamos en caída libre, pero saldremos adelante,

Perdidos en un ascensor, tú y yo.

Cuando las puertas finalmente se abren, y el mundo reaparece,

Me aferraré a este recuerdo, a través de los años,

Porque en ese ascensor, muy por encima del suelo,

Encontré en ti un amor tan profundo.

Se me nublan los ojos al ver a Jax y mi mirada se desvía hacia mi madre, que no ha dejado de sonreír.

—¿Cómo ha encontrado esta casa? Juro que no le dije nuestra dirección.

—Es todo un acosador, ¿verdad? —pregunta.

La risa burbujea de mi garganta.

—El mejor acosador que he tenido.

Le brillan los ojos y me da un pequeño apretón mientras seguimos mirando por la ventana.

Varios vecinos se reúnen alrededor de Jax y mueven la cabeza. Una pareja de ancianos se abraza y se contonea en una improvisada pista de baile.

—Sabes —empieza a hablar la voz de barítono de Jax—. Se supone que hay algo de piano tocando aquí junto con la guitarra, pero llegaremos a eso un día pronto, espero.

Asintiendo con la cabeza y tragando saliva, me aliso las lágrimas que caen por mi cara.

Termina los últimos versos de su hermosa canción.

Por un día que recordaremos siempre,

Perdidos en un ascensor, nuestros corazones juntos,

No importa adónde vayamos ni lo que hagamos,

Te estaré eternamente agradecido, por ese ascensor contigo.

Cuando termina la elegante melodía y la banda deja de tocar, Jax se queda quieto, mirándome.

Los vecinos de alrededor vitorean y aplauden.

Sonríe y hace una reverencia.

Mamá se asoma por la ventanilla y señala directamente a Jax con una sonrisa emocionada en la cara.

—¡Sube aquí ahora mismo!

La risa estalla en mi boca y la multitud vitorea más, clamando y aplaudiendo hasta que Jax sube los escalones de nuestro humilde apartamento.

Me paso unos dedos por el pelo revuelto y me limpio la cara en la camisa, pero probablemente no sirva de nada. Soy un desastre.

—Señora Thornton —saluda Jax, de pie en nuestra puerta principal y quitándose la gorra de béisbol—. Es un honor conocerla por fin.

Mamá se queda con la boca abierta, más grande que nunca. Sus ojos castaños se abren de par en par y sus mejillas se tiñen de rosa cuando enlaza su brazo con el de él y le hace pasar.

—Encantada de conocerte. Adelante.

Entra en el apartamento, observándome atentamente en su forma habitual.

Me encuentro con su mirada y una sonrisa se dibuja en mi boca.

—Hola, Jax.

Su brazo musculoso se estira hacia la pared.

—Hola, señorita Ivy.

Se acerca y sus ojos se clavan en los míos.

—Quiero que sepas que no me importa el dinero. Rechazaría hasta el último centavo con tal de tenerte a mi lado.

Mi corazón se calienta. Algo dentro de mí quiere amar y cuidar a este hombre hasta el fin de los tiempos.

—Lo sé —murmuro, rodeándole con los brazos y dejando que mi cabeza descanse sobre su pecho. Las lágrimas vuelven a brotar, pero las disimulo—. Ha sido la canción más bonita que he oído nunca.

Se lame los labios y se frota la barba incipiente que se le está formando en la cara.

—Bueno, eso significa mucho viniendo de alguien a quien no le gusta la música pop.

Mi boca se estira en una sonrisa, y no puedo evitar mover la cabeza hacia atrás de la risa.

Mamá también se ríe. Hacía años que no la veía tan feliz, o quizá nunca la vi así.

El viento del desierto sopla a través de las cortinas, secando las lágrimas y las gotas de sudor de mi cara.

—Primero, me gustaría decir... —Se gira hacia mi madre—. Gracias por ser una fan. Para mostrarte mi agradecimiento, te enviaré una colección completa de álbumes, autografiada.

Mi madre se lleva el puño al pecho, con los ojos brillantes de lágrimas.

—Eres muy amable. —Le da un rápido abrazo y luego se vuelve hacia mí y me susurra—: ¡Es tan simpático!

—Y hay algo más que podrías apreciar. —Hace una pausa antes de continuar—. Me gustaría regalaros un relajante retiro spa madre-hija con todos los gastos pagados.

Le doy un golpecito en el brazo a mi madre y asiento con la cabeza, abriendo mucho los ojos para enfatizar.

—¡Vamos!

—Pensé que os lo merecíais después de todo lo que habéis pasado —dice, con las cejas fruncidas en señal de concentración—. Sé que ahora estás haciendo el tratamiento, pero podréis...

—Jax —interrumpo—. Mamá está oficialmente libre de cáncer desde hoy.

Jax se queda boquiabierto.

—¿De verdad? ¡Es una noticia fantástica!.

—Sí, así es. También me está creciendo el pelo. —Sonríe, dándose una o dos palmaditas en la cabeza—. Aunque ahora es de otro color, ¡pero me lo quedo!

—¡Es increíble, Sra. Thornton! —exclama.

Jax se gira hacia mí y toma mi mano entre las suyas mientras se pone serio.

—Hay algo más.

Las mariposas revolotean por mi estómago.

Se aclara la garganta y su rostro anguloso se llena de una mezcla de nerviosismo y sinceridad. Se separa los labios.

—Desde el momento en que te conocí, mi vida dio un giro inesperado —empieza—. Llegaste y trajiste luz, amor y risas a todos los rincones de mi universo. Creía que lo tenía todo, pero resulta que me faltabas *tú*.

Se mete la mano en el bolsillo y saca una caja de terciopelo negro antes de arrodillarse.

Mi madre ahoga su grito detrás de mí.

La adrenalina se dispara por mis venas y el sudor me salpica el labio superior, mis ojos se clavan en los suyos.

—Ivy Thornton —empieza—. Te quiero, y no quiero pasar otro día sin ti. ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa?

—¡Sí! Por supuesto, Jax —respondo, con el corazón desbocado—. ¡Sí!

Una sonrisa se dibuja en sus apuestos rasgos mientras desliza el impresionante anillo de diamantes en mi dedo.

El alivio inunda mis hombros. Todo va a salir bien. Mamá está sana, yo estoy bien y Jax me quiere. Todo va bien.

Mamá deja de filmar con la cámara de su teléfono y nos mira con ojos llorosos.

—Felicidades y bienvenido a nuestra pequeña familia, Jax.

—Gracias, señora. —Jax se vuelve hacia mí—. Ahora, sobre ese piano. He estado queriendo añadir algunas pistas de teclado a mi próximo álbum. ¿Qué te parecería unirte a mí y a la banda?

—No puedo viajar —respondo, con el corazón ya hundido ante la idea de estar sin él mientras está de gira—. Mamá está aquí.

—Oh, tienes que hacerlo —me anima mamá y luego se vuelve hacia Jax—. ¡Solía tocar el piano gloriosamente de niña!

—No vamos a viajar. Me han renovado el contrato en The Blake —anuncia—. Estaremos aquí, en Las Vegas, durante mucho tiempo.

—Vaya —digo—. ¡Felicidades! Te lo mereces totalmente.

—Entonces, ¿qué dices?

—La respuesta es... ¡sí, sí, sí!

Me rodea con sus brazos musculosos y nos quedamos así unos instantes. Luego se retira.

—Me has hecho un hombre feliz. Te quiero mucho —susurra antes de darme un largo beso en los labios.

—Yo también te quiero —suspiro, devolviéndole el beso con fuerza. Cuando terminamos, le lanzo una mirada seria—. Pero no rechaces esa herencia, Jax.

Se ríe y sacude la cabeza.

—Eh, sí. Esperaba que dijeras eso.

Puede que nos perdiéramos en un ascensor, pero pronto encontramos la salida y ahora somos más fuertes que nunca.

Con la promesa de la eternidad, sabemos que nuestro viaje no ha hecho más que empezar. Pero

nuestro amor único crecerá con cada aventura que afrontemos, y lo apreciaremos hasta el fin de los tiempos.

Epílogo

Tres meses después

Jax

Ivy sabe tocar. De hecho, la canción que creamos juntos subió directamente al número uno de las listas de éxitos hace un par de semanas. Dicen que le da gracia y profundidad.

Ahora estamos sentados al piano, tocando y cantando juntos en mi ático de The Blake North Strip. Muevo la mano de una tecla a su vientre.

Se ha hinchado con mi hijo—un heredero—y me ha dado una felicidad que nunca creí que pudiera tener.

Mis ojos se clavan en los suyos.

Me resulta difícil desviar mi atención de su piel brillante y su cuerpo curvilíneo, así que no lo hago. Me quedo quieto, dejando que me tranquilice.

Finge fastidio, pero se le escapa una sonrisa mientras teclea unas cuantas notas más y las anota en un papel.

—¿Qué estás mirando?

—Una hermosa mujer que nunca pensó que podría, pero aquí está, *haciéndolo*.

Deja de escribir.

—Es mejor que servir platos de pasta blanda en el restaurante, ¿no? Aún recibo mensajes de Giselle preguntándome cuándo vuelvo.

—No vas a ir a ninguna parte —le ordeno, acariciando su vientre hasta que mi mano encuentra el camino hacia el calor entre sus muslos flexibles.

Su espalda se arquea.

Le meto los dedos suavemente, rodeando el clítoris y deslizando mis dedos en el canal donde deposité semilla hacía tres meses.

Su respiración se acelera y abre las piernas hasta que la humedad gotea sobre el banco del piano.

—Jax —respira.

Podría pasarme el resto de la eternidad observando su cara.

—Necesito probarte una vez más —le digo. Mis cuidadosas manos la apoyan en el borde del banco y yo me arrodillo—. Ábrete para mí, cariño.

Hace lo que le digo y su aroma salado a jazmín llega hasta mis fosas nasales.

Mi polla se mueve dentro de mis bóxers y presiona contra mis vaqueros, pidiendo ser liberada.

La aspiro y beso su vientre redondo antes de aventurarme en los dulces pliegues de su carne. Mi cuerpo se estremece y cobra vida por su olor, su presencia, su ser.

Es hermosa y ahora es mía. Para siempre.



Siguiente en la serie: Bebé para el Gruñón

¿Qué ocurre cuando Aaron Blake se encuentra por error con su nueva asistente en la suite de su hotel y ella se pavonea vestida solo con una toalla?

Descúbrelo en “Bebé para el Gruñón” en la serie El legado de Blake.

Escanea el código QR para ver si este libro está disponible.



Sobre la autora

Janica escribe historias de amor picantes sobre hombres seductores y las atrevidas mujeres que se enamoran de ellos. Comenzó escribiendo historias con final feliz cuando era adolescente, pero recientemente ha empezado a incluir un toque picante en sus relatos y a publicarlos en Internet.

Está casada con un hombre que afirma ser multimillonario por derecho propio, pero que se niega a contratar a alguien que le ayude en la cocina. Ambos son unos yonkis digitales y trabajan todo el día codo con codo en un gran escritorio. Eh, pero mientras haya un cuenco con alubias de gominola entre ellos, todo va bien.

Viven en Las Vegas con un perro pomerania que se comporta como un gato.

Le encanta tener noticias de sus lectores. Contacta con ella en janicacade@gmail.com



Deja una opinión

Gracias por leer esta serie. Estoy encantada de que decidieras echarle un vistazo. Si te ha gustado leerla, te agradecería que dejaras una opinión. Cuéntame cuál ha sido tu personaje favorito. Leo todas las opiniones y las tengo en cuenta para mis próximos libros. También son de ayuda para que otros lectores voraces puedan encontrar mis libros.

Otras obras de Janica Cade

Serie Contrato con un multimillonario

Sucio mentiroso

Serie El legado de Blake:

Libro nº 1: Bebé para el CEO
Libro nº 2: Bebé para el vecino
Libro nº 3: Bebé para el acosador
Libro nº 4: Bebé para el gruñón
Libro nº 5: Bebé para el mejor amigo de mi hermano

¡Escanee el código QR para obtener enlaces a todos los libros!